

Norbert Frei

## **Procesos de aprendizaje en Alemania: el pasado nazi y las generaciones desde 1945**

Al contrario de los doce años del «Tercer Reich», la historia posterior al nacionalsocialismo –que duró mucho más– sólo se ha convertido en un tema propio dentro de la historiografía contemporánea alemana a partir de los años noventa del siglo pasado. Sin embargo, ya muchos años antes, la disposición a analizar el pasado nacionalsocialista parecía ser una característica de la cultura política de la República Federal de Alemania, tanto en los ojos de los observadores extranjeros como de los mismos alemanes.

El apogeo de esa percepción ajena y propia llegaría en la primavera de 1989. En ese momento, la RFA cumplía cuarenta años y nadie se habría imaginado que en poco tiempo llevaría el adjetivo de «antigua» junto a su nombre. En mayo, la segunda democracia alemana celebró su aniversario: «Un Estado ha llegado», comentaba con optimismo el diario *Süddeutsche Zeitung*, resumiendo el ambiente del momento (Rudolph 1989). Lo que se quería decir era que la República había llegado hasta los ciudadanos y había llegado a Occidente, como una comunidad políticamente estable y, en muchos aspectos, exitosa. Y si se preguntaba por las premisas de esa historia de éxito, una de las respuestas, y ya no la menos importante, era que el éxito se basaba parcialmente en la renuncia del pasado nacionalsocialista y el continuo tratamiento de él de forma autocrítica.

Aproximadamente diez años más tarde, poco tiempo antes de su muerte en marzo de 2000, el sociólogo Alphons Silbermann publicó un librito que resumía los resultados de una encuesta sobre el significado de Auschwitz para la segunda y tercera generación de alemanes después de la Segunda Guerra Mundial: el 72% de los entrevistados, sin grandes diferencias entre un grupo generacional y otro, respondía que «incluso hoy» le parecía «muy importante» o «importante» seguir recordando, en los términos de los sociólogos, «las persecuciones de personas y los

asesinatos masivos del Tercer Reich»; el 18% decía que le parecía menos importante, y al 9% le parecía que no tenía ninguna importancia (Silbermann/Stoffers 2000: 230).

En esencia, estos resultados siguen siendo válidos. Probablemente, si se repitiera la encuesta, la mayoría de los alemanes seguiría apoyando la necesidad de analizar el pasado nacionalsocialista. De este modo se comprobaría algo que ya sabemos: que incluso en una República Federal crecida, una parte importante de la identidad política-cultural de la población tiene relación con la experiencia del nazismo.

En el mismo sentido, se interpretaba también el amplio rechazo entre la población alemana a la guerra de Irak en la primavera de 2003 como indicador de un aprendizaje histórico, y además, un aprendizaje común, a pesar de cuatro décadas de estar acostumbrados a maneras de interpretar el pasado que no podrían haber sido más diferentes entre este y oeste<sup>1</sup>.

Entre los historiadores, este tipo de interpretaciones de causalidad directa se toman con mucha precaución. No hay que olvidar que, entre otras cosas, la guerra de Irak fue rechazada también en muchas otras sociedades europeas. Otro dato que llama a la precaución es la situación en Alemania antes y durante la guerra de Kosovo de 1999. Como es sabido, el entonces nuevo Gobierno Federal rojiverde consiguió debilitar la mayor parte de la oposición contra una intervención militar en la ex Yugoslavia que se esperaba precisamente entre su electorado. Si lo consiguió fue porque existía la amenaza real o supuesta de un posible genocidio, y porque, en este contexto, el lema más alto de la superación del pasado de Alemania, hasta ese momento casi indiscutido, sufrió una modificación importante: el «¡Nunca más guerra!» se convirtió en el «¡Nunca más Auschwitz!».

Este cambio significativo en la codificación del programa de aprendizaje histórico de los alemanes lo defendió con más fuerza que nadie el entonces ministro de Asuntos Exteriores Joschka Fischer, un hombre de una notoria popularidad. Desde la perspectiva actual se aprecia que con esta argumentación, el ministro consiguió en el contexto de la política práctica el mismo cambio que se había ido anunciando en la sociedad alemana desde hacía tiempo, tanto generacional como culturalmente.

<sup>1</sup> Cfr. Danyel (1995) y Herf (1998).

Si en el debate alrededor del envío de tropas alemanas a Kosovo, se notó de un momento a otro que los antiguos lemas de conciencia crítica respecto al pasado ya no se podían aplicar a la situación actual europea con sus nuevos desafíos políticos, esta impresión se ha ido reforzando desde entonces debido a los recientes acontecimientos en el área de la política de derechos humanos y derecho internacional. En este contexto cabe destacar la Corte Penal Internacional de La Haya y el «Foro Internacional de Estocolmo sobre el Holocausto» de enero de 2000 y los respectivos esfuerzos educativos y de prevención antígenocidio. Independientemente de qué se opine de este tipo de iniciativas y proyectos, resulta evidente que el tratamiento del pasado nacionalsocialista en Alemania no se resiste a su influencia. Incluso hay indicadores de que el proceso de reajuste de la relación entre la sociedad alemana y ese pasado ya está en plena marcha.

No obstante, no resulta fácil decir cómo será ese futuro del pasado nazi<sup>2</sup>. En este contexto, la revisión de la historia es recomendable no sólo a los historiadores. Por eso, en lo siguiente se presenta un resumen de la historia del tratamiento político y cultural del pasado nacionalsocialista en la República Federal de Alemania, en combinación con una propuesta para periodizar esa historia<sup>3</sup>. Uno de los motivos por los que habría que intentar aislar los períodos específicos dentro de la larga historia posterior al «Tercer Reich» consiste en la continuamente cambiante constelación generacional que evidentemente influye en la evolución de esa historia. Tal vez, en la actual fase terminal de la despedida de los testigos contemporáneos de la época nazi<sup>4</sup>, este punto de vista hasta ahora poco considerado tenga especial importancia.

En cuanto a la periodización del tratamiento del pasado nazi habrá que distinguir inicialmente entre la «fase de limpieza política» (I) de 1945 a 1949, de la «fase de política del pasado» (II) que empieza con las respectivas creaciones de las Repúblicas Federal y Democrática y marca principalmente toda la década de los cincuenta, sobre todo, pero

<sup>2</sup> Cfr. Knigge y Frei (2002).

<sup>3</sup> La literatura sobre los diferentes temas mencionados a continuación está creciendo rápidamente en número y no puede incluirse aquí por razones de espacio. Una recopilación que alcanza hasta la mitad de los años noventa se encuentra en Frei (1996); véase también Wolfrum (1999), Reichel (2001), Grillmeyer/Ackermann (2002), Michman (2002) y König (2003).

<sup>4</sup> Cfr. Frei (2005: 179-182).

no exclusivamente, en el oeste, la parte del país que es el principal objeto de este artículo. Hacia finales de esa década, esta fase es sucesivamente sustituida por la larga «fase de superación del pasado» (III) que dura hasta finales de los setenta, un total de más o menos veinte años. A partir de allí resulta más difícil aún encontrar un denominador común que defina la fase. Siguiendo una propuesta de Aleida Assmann (1999), llevará el nombre de «fase de conservación del pasado» (IV), término que se refiere a una evolución que llega hasta el presente, en la que la interpretación politizada con el pasado nazi se sustituye cada vez más por el esfuerzo de rememoración conmemorativa. En otras palabras, este último cambio de fase se caracteriza por el paso de la lucha de las memorias a una cultura de la memoria.

Especialmente con respecto a este último paso resulta evidente la importancia del aspecto generacional que, sin embargo, en las anteriores fases mencionadas está también presente, siempre que se acepte como condición la sucesión específica de «experiencias generacionales» (aunque pueda resultar algo esquemático): primero estaría la generación de los que nacieron alrededor de 1905 y la que podría denominarse «generación de las elites funcionales nazis» por su diferencia con los verdaderos líderes del movimiento nazi que solían tener unos años más; la siguiente sería la generación de los que nacieron alrededor de 1925 y la que se denomina incluso en el lenguaje habitual como «generación escéptica» de los soldados adolescentes y ayudantes de cañones antiaéreos; la tercera generación es la de los que nacieron alrededor de 1945, los hijos de la guerra y de la posguerra, y la que lleva desde hace mucho el nombre de «generación del 68»; y por último, manteniendo las distancias de veinte años, se llegaría matemáticamente a otras dos generaciones más, las de los que nacieron alrededor de 1965 y 1985. Sin embargo, aquí resulta más fácil detectar una importante característica común en lugar de las diferencias: ambos grupos conocen desde su infancia la interpretación del pasado nazi como una práctica cultural, y para ambos esta experiencia de aprendizaje se realizaba en presencia de los testigos oculares de la época nazi<sup>5</sup>. Para la siguiente generación, esto ya no será posible.

<sup>5</sup> Cfr. el libro de reportajes redactado bajo la impresión de que la presencia de los testigos de la época se está acabando, del periodista Christoph Amend, nacido en 1974 (2003).

## La fase de limpieza política

En principio, la historia del tratamiento del pasado nacionalsocialista empieza ya durante la Segunda Guerra Mundial cuando los aliados comienzan a hacer planes para la Alemania de la posguerra. Entonces uno de los motivos prioritarios era el del ajuste de cuentas con el nazismo. Al principio, el mismo objetivo lo perseguían los que pertenecían a la –para decirlo con las palabras del título del famoso libro de Hans Rothfels– «oposición alemana a Hitler»<sup>6</sup>, pero a partir de la primavera de 1945 se veía rápidamente que los aliados no pensaban darles un papel importante a las fuerzas antinazi o no nazi en el proceso de limpieza política, en todo caso un papel secundario y bajo estrecha vigilancia.

Por lo tanto, es conveniente e incluso necesario considerar los años inmediatamente después de la guerra como una primera fase del tratamiento del pasado nazi en la que los actores se encuentran casi exclusivamente en el lado de los aliados. Tal vez las siguientes «palabras claves» puedan aclarar por qué significaría quedarse corto entender esa «fase de limpieza política» solamente bajo el término simplificador de «desnazificación fracasada», tal y como lo ha hecho la historiografía durante mucho tiempo. En realidad, entre 1945 y 1949 no era todo un «lavado del pasado», sino que también se castigaba con duras penas a muchos criminales de guerra, se encerraba durante muchos años a numerosos altos cargos nazis y se pedían cuentas a muchos de los simpatizantes.

*Palabra clave:* «limpieza judicial». Aparte del juicio de Nuremberg contra veinticuatro altos cargos del partido nazi, del Estado y del ejército así como seis organizaciones nazis, hubo juicios militares en las tres zonas de ocupación occidentales con cerca de cinco mil acusados, de los que alrededor de ochocientos fueron condenados a muerte. Al menos una tercera parte de esas sentencias se ejecutaron. En los llamados «juicios posteriores de Nuremberg», llevados a cabo sólo por los estadounidenses, se juzgaron otros 184 representantes de aquella elite funcional sin los que el sistema nazi no habría podido funcionar. El 80% de los acusados fue condenado. De las veinticuatro sentencias de muerte se ejecutó la mitad.

<sup>6</sup> Rothfels (1949). Acerca de la importancia de este libro reeditado con frecuencia, véase Frei (2005: 131 y 209, nota 6); para el debate actual sobre Rothfels, véase ibíd.: 194 s., nota 11.

*Palabra clave:* «internación». Como medida preventiva, los aliados aplicaron a muchos de los altos cargos del partido y de las SS la práctica de la «detención automática» (*automatic arrest*). Tan sólo en la zona de ocupación estadounidense, el número de internados a finales de 1945 era de aproximadamente cien mil personas, y se estima que la cantidad total de internados entre las tres zonas occidentales rondaba el doble de este número. Algunos sólo se quedaban unas pocas semanas, otros hasta tres años. En la mayoría de los casos, los aliados aprovecharon los existentes campos de concentración aunque con un tratamiento y una alimentación mucho mejor para los detenidos.

*Palabra clave:* «simpatizantes». En este contexto, hay que destacar principalmente la rigurosa política de despido de funcionarios del Estado, aplicada especialmente por el Gobierno militar estadounidense. Durante el verano de 1945, también los británicos y franceses utilizaron esta medida para romper la posible resistencia dentro de la administración alemana y destrozar los últimos lazos nazis, pero al final fue sólo en la zona ocupada por EE. UU. que perdieron sus puestos todos los funcionarios que habían sido militantes del NSDAP (Partido Obrero Alemán Nacionalsocialista) antes del 1 de mayo de 1937. Esta medida afectó, al menos temporalmente, a cientos de miles de alemanes, y es fácil imaginarse que habría también algunos casos injustos. Por otro lado, y para decirlo de manera acentuada, más adelante la mayoría de los alemanes se aprovecharía del error de los aliados. Rápidamente, esta medida radical se convirtió en el objetivo de críticas, igual de intransigentes como el despido mismo, lo que antes de la creación de la República Federal llevaría a un veredicto general que anularía todo el proyecto de la limpieza política.

En cuanto a las generaciones, las personas que más criticaron esa medida eran las que pertenecían a la de 1905, es decir, la «generación funcional», la de los alemanes que junto a los líderes más mayores fueron los más afectados por la política de limpieza. Si se tiene en cuenta la constelación generacional en 1950, no resulta sorprendente que la crítica de la limpieza política prácticamente no se encontrara con ninguna oposición. Los que nacieron alrededor de 1925 eran todavía demasiado jóvenes como para alzar la voz, y el grupo relativamente pequeño de los demócratas de la República de Weimar que ahora se disponían a ocupar altos cargos en la nueva democracia se callaban por razones oportunis-

tas o intentaban apenas moderar las exigencias de los que se oponían a la limpieza.

### **La fase de política del pasado**

Es sobre este fondo de una limpieza política nada insignificante, que tenía cierta trascendencia tanto para el individuo como para la sociedad, donde hay que entender la segunda fase del tratamiento del pasado nazi, la de la política del pasado de los años cincuenta. Para decirlo de manera acentuada, se trataba ahora de superar la superación anterior del pasado nazi<sup>7</sup>. Las exigencias respecto a la política del pasado frente a los fundadores de la joven República Federal eran evidentes: poner «punto final» a la limpieza política. Y desde ahí hasta el punto final al pasado no quedaría mucho.

Es verdad que desde el primer día, todo parecía indicar moverse en dirección de la amnistía y la integración. Estos dos términos se convirtieron en los lemas de una política del pasado (aunque en el momento no se llamase así) que encontraba su apoyo ético-moral en la nueva Constitución de 1949 y en el rechazo normativo del nacionalsocialismo allí formulado, y su «justificación» en la política de reparación y reconciliación con Israel del primer canciller de la joven República, Konrad Adenauer<sup>8</sup>.

El primer paso de esta política a finales de 1949, fue la Ley de Impunidad, aprobada con urgencia por el Parlamento, que suponía una amnistía para todos los delitos cometidos antes del 15 de septiembre de 1949 y que tuvieran penas con un máximo de seis meses de prisión. La mayoría de las cerca de 800.000 personas que se beneficiaron de esta ley estaban acusadas de delitos no políticos de los años de la miseria y del mercado negro, pero lógicamente la amnistía se aplicaba también a los delitos no prescritos de la época nazi. Y un artículo especial benefició expresamente a aquellos funcionarios nazis, «faisanes dorados» del régimen y miembros de las SS que desde 1945 habían optado por esquivar la internación y desnazificación al adoptar una identidad falsa: aquellos misteriosos «ilegales» cuyo número nadie conocía y que

<sup>7</sup> Para información sobre esta fase II, con más detalles y pruebas, véase Frei (1996).

<sup>8</sup> Para este tema, véase de manera resumida Hockerts (2001); y de forma más extensa Goshler (2005).

ahora se beneficiaron doblemente al no sólo quedarse sin castigo por el cambio de identidad, sino que además ya podían contar con la desnazificación segura. Una vez aprobada la Ley de Impunidad, los partidos del espectro nacionalista-derechista FDP y DP (Partido Liberal Democrático y Partido Alemán, respectivamente, ambos representados en la coalición del Gobierno de Adenauer) hicieron presión para conseguir una «liquidación» de la desnazificación. Por consiguiente, en diciembre de 1950, el Parlamento aprobó, de nuevo casi unánimemente, las directrices correspondientes, a pesar de que en realidad este asunto caía en la competencia de los parlamentos de los *Länder* y en parte incluso ya estaba resuelto.

En los debates parlamentarios alrededor de esa «liquidación» se expresaba la mencionada convicción de que había que poner punto final, cada vez más presente también entre la población, para la que no era suficiente la primera amnistía y el final de la desnazificación. El tema ahora era la jubilación y la readmisión de los funcionarios «reemplazados» (eufemismo usado en el momento) así como de los soldados profesionales, que en 1951 se plasmó finalmente en la Ley 131, otro elemento fundamental de la política del pasado, que se ocupó también del indulto y de la liberación de los alemanes condenados por los aliados desde 1945 como criminales nazis y de guerra.

En este contexto, a principios de los cincuenta se desató una estrategia sin antecedentes de quitar importancia a los crímenes del pasado, desmentirlos y causar una confusión general que finalmente sirvió para que incluso los criminales nazis más desalmados quedaran en libertad: incluso los jefes de grupos de operaciones especiales, que durante los últimos años del régimen habían matado a miles de personas, salían de las cárceles gracias a la fuerte presión política y social. Resulta curioso que al principio fueran ante todo las dos Iglesias mayoritarias que se comprometían con esta causa, y no como podría esperarse por los motivos cristianos en contra de la pena de muerte impuesta en muchos y ejecutada en algunos casos por los aliados, sino por un resentimiento abiertamente nacional contra la supuesta «justicia de los vencedores».

Dicho resentimiento iba acompañado por una instrumentalización tan agresiva como transparente del llamado «reproche de la culpa colectiva». Independientemente de si la retórica de los aliados al final de la guerra podría haberse entendido en este sentido o no —hay que recordar ante todo la confrontación con fines educativos de muchos alemanes



con las montañas de cadáveres en los campos de concentración liberados—, en la práctica la limpieza política se ocupaba precisamente no de la culpa colectiva, sino de la individual. Al fin y al cabo, la mejor prueba de ello fue la desnazificación, es decir, el procedimiento burocrático de la comprobación masiva de casos individuales.

La insistencia por parte de los alemanes con la que seguían rechazando el supuesto reproche de la culpa colectiva servía para legitimar la política del pasado mucho más allá del círculo de los que concretamente se aprovechaban de ella. La presencia de la tesis de la culpa colectiva en la conciencia alemana de la posguerra era la consecuencia de la continuada necesidad de solidaridad por parte de la comunidad nacional alemana (Frei 2005). El rechazo ritualizado de esa tesis siguió siendo la base para cualquier discurso y actuación de la clase política de Alemania Occidental hasta mucho más allá de los años cincuenta.

De manera muy similar, también las continuas objeciones jurídicas y de derecho internacional contra las sentencias pronunciadas por los aliados en la segunda mitad de los años cuarenta eran casi todas completamente artificiales. No obstante, no por eso dejaron tener su efecto en la vida pública alemana. Y cuando los aliados al final cedían, la población alemana lo interpretaba como la confesión de los vencedores de haber cometido errores e injusticias.

De este modo, la liberación a mediados de los años cincuenta de muchos de los criminales de guerra condenados, reforzaba aún más la tendencia de los alemanes a borrar de la conciencia colectiva los horrores del régimen nazi y de su guerra de conquista. Las consecuencias eran fatales, especialmente en el área de la justicia donde —como es sabido— la continuidad personal entre las épocas nazi y democrática era muy numerosa: la ola de indultos y una segunda Ley de Impunidad en verano de 1954 —de nuevo aprobada prácticamente por todo el Parlamento— hicieron que la voluntad de seguir investigando sobre los crímenes nazis desapareciera prácticamente del todo. Es en ese momento cuando las consecuencias negativas de la represión de la memoria están más tangibles: la paralización de la sanción de los crímenes nazis no sólo significaba la protección activa de los culpables, sino además la perpetuación del estado de descomposición moral al renunciar conscientemente al esfuerzo de hacer justicia.

El argumento a favor de la impunidad que se oye actualmente es el mismo que se oía entonces: al renunciar a la persecución penal se

contribuía a la pacificación de la sociedad y por consiguiente a la estabilidad política. Pero a ello habría que contestar que a mediados de los años cincuenta la situación social y política de la República Federal ya no era nada precaria. Todo lo contrario, la gran mayoría de los ex nazis estaban ahora en pleno proceso de establecerse pragmáticamente en el nuevo sistema y aprovecharse de las ventajas del «milagro alemán».

Lo mismo que se puede decir sobre el efecto de no perseguir a los criminales para favorecer la integración política, se aplica también a la readmisión de los ex soldados beneficiados por la Ley 131 en el ejército a partir de principios de los años cincuenta para favorecer la estabilización de la democracia. Es una tesis fácil de pronunciar, pero difícil de demostrar. Igual de fácil, o más, resulta apoyar la tesis contraria de que era una injusticia que los funcionarios se vieran confirmados en sus convicciones antiguas, evidentemente problemáticas en un contexto democrático, y que el «retorno» (Eugen Kogon) de cientos de miles de personas tanto formalmente como ideológicamente inculpatos significaba una gran carga para un aparato administrativo democrático todavía en plena construcción.

En cuanto a la ola de indultos, el resultado de la política del pasado es igual de negativo. La despenalización de los criminales de guerra ya condenados llevaba a la deslegitimación de los resultados de las investigaciones de los aliados acerca de la evidente implicación del ejército en los crímenes del régimen, lo que a su vez permitía la construcción de la leyenda de la *Wehrmacht* (ejército del *Reich*) «limpia». Las consecuencias de esta leyenda se hacen notar hasta hoy, como se ha visto claramente en las discusiones acerca de las dos exposiciones recientes sobre la *Wehrmacht*, y en especial la primera<sup>9</sup>.

### La fase de superación del pasado

Teniendo en cuenta esas continuidades importantes, ¿dónde está exactamente la ruptura con la política de pasado de los años cincuenta? ¿En

<sup>9</sup> Véanse los dos catálogos de exposición del Instituto de Investigación Social de Hamburgo: Hamburger Institut für Sozialforschung (ed.): *Vernichtungskrieg. Verbrechen der Wehrmacht 1941 bis 1944*, Hamburg, 1996; y *Verbrechen der Wehrmacht. Dimensionen des Vernichtungskrieges 1941-1944*, Hamburg, 2002; entre la gran cantidad de literatura sobre la primera de las dos exposiciones, véanse Donat/Strohmeier (1997) y Kulturreferat der Landeshauptstadt München (1998).

qué momento, y con qué razón, se puede empezar a hablar de una tercera fase, la fase «de superación del pasado»? ¿Y cuál era la generación que hacía posible ese cambio? Para responder a estas preguntas, conviene observar la evolución desde una perspectiva más larga y con algo de sentido de dialéctica. Porque entonces se puede argumentar que aquella política del pasado de las primeras dos legislaturas de Bonn con sus escandalosos resultados en el sentido político-moral, empezaban a provocar un movimiento en contra a partir de finales de los años cincuenta. El término del «pasado no superado» forjado en esa época, define muy bien esa sensación de oposición y sirve para explicar gran parte de la evolución que a partir de los años sesenta se denominaba conflicto generacional político y posteriormente llevaría al «sesenta y ocho».

La «fase de superación del pasado» duró unos veinte años y fue impulsada inicialmente por una serie casi interminable de escándalos alrededor de la continuidad personal e institucional entre las épocas nazi y democrática, demasiado larga como para reproducirla aquí, y cuyo análisis histórico serio acaba de iniciarse ahora<sup>10</sup>. El movimiento se caracterizaba por una creciente carga moral aunque sus inicios habían sido muy tímidos: cabe destacar, por ejemplo, las protestas de universitarios y docentes ya en 1955 contra el nombramiento de un editor de extrema derecha como ministro de Cultura de Baja Sajonia. Sin embargo, las actividades de esta «generación escéptica» para expresar su crítica respecto al tratamiento del pasado, orientadas más bien hacia la apropiación pragmática de la democracia, eran aún muy limitadas en comparación con las formas de protestar a mediados de los sesenta.

Es posible que estas limitaciones iniciales se debiesen al hecho de que los impulsos decisivos para la revelación del pasado nazi de la República Federal venían precisamente de la República Democrática: el régimen que se refería a un antifascismo que con el tiempo se había vuelto hueco, descubría el reproche del «pasado no superado» como un instrumento estupendo para desacreditar política y moralmente a la democracia de Bonn. Las campañas de la RDA dirigidas contra, por ejemplo, Hans Globke, secretario de Estado de la Cancillería federal y anteriormente autor del comentario oficial a las «Leyes Raciales» de Nuremberg, y Theodor Oberländer, Ministro de Refugiados en la joven República y antes «experto para el Este» del régimen nazi, o en general

<sup>10</sup> Cfr. Frei (2004) y Weisbrod (2002).

contra los «jueces asesinos de Hitler al servicio de Adenauer», tenían su efecto tanto entre los jóvenes alemanes del oeste como en los demás países occidentales.

La revelación de cada vez más ex nazis entre los altos cargos de la República Federal, ilustrada por amplio material documental desde Berlín Oriental, hizo que el círculo de gente que exigía una «superación del pasado» creciera continuamente. Intelectuales como Adorno y Jaspers, igual que la nueva disciplina académica de «historia contemporánea» y varios periodistas liberales, se afanaban por promover el análisis del «pasado más reciente» tanto en los medios de comunicación como en los institutos de enseñanza media. A estas iniciativas se unían las de la revisión de las escandalosas omisiones judiciales de los años cincuenta en cuanto a los criminales nazis. El llamado «juicio de Auschwitz» en Frankfurt, iniciado por el fiscal general del estado federado de Hesse, Fritz Bauer, junto a un pequeño grupo de compañeros a partir de 1963, marcó el principio de un cambio decisivo en la sociedad: a partir de ese momento, un conjunto aún minoritario, pero muy activo, de políticos, abogados, artistas e intelectuales se oponía a los que seguían pidiendo que se pusiera «punto final».

En los años sesenta y setenta, los atormentadores debates sobre la prescripción de los crímenes<sup>11</sup> –que llevaron a la decisión de que el asesinato no prescribe– y las preguntas críticas que los hijos de la guerra dirigían a sus padres, son dos indicadores más del importante cambio que se hacía notar en toda la sociedad. La denegación de información por parte de la «generación funcional» en los años cincuenta, junto a la continuidad personal generalizada, le dio un corte muy específico al movimiento del 68 alemán, tal y como la pertinente investigación recién iniciada con los años seguramente comprobará.

El resultado más precario de esta fase de «superación del pasado» es el hecho de que el crimen central de la época nazi, el asesinato de los judíos europeos, tardara tanto en llegar hasta el punto de mira de la percepción general. A pesar de que la investigación historiográfica contemporánea y los medios de comunicación ya empezaran en los años sesenta a transmitir datos reales sobre el nazismo, no fue hasta 1979 que una serie documental de la televisión norteamericana sobre el Holocausto consiguió (en las palabras del título del libro que acompañaba

<sup>11</sup> Cfr. el estudio reciente de Von Miquel (2004).

la serie) «consternar a una nación» (Märthesheimer/Frenzel 1979). En este momento, curiosamente, los culpables de la generación funcional ya estaban jubilados.

### **La fase de conservación del pasado**

El nuevo término de «Holocausto» —que a principios de los años ochenta sustituyó rápidamente la metáfora de «Auschwitz»— marcó el paso a la cuarta fase del tratamiento del pasado nazi. Esta «fase de conservación del pasado» se caracteriza entre otras cosas por quitarle importancia al término de «pasado no superado» y a la exigencia de un cambio político derivado de esa crítica, tanto como consecuencia de las revelaciones sobre el pasado y el consiguiente estímulo para el debate sociopolítico de los años sesenta, como por el cambio generacional natural desde aproximadamente finales de los años setenta.

El inicio simbólico de esta nueva fase lo representa una conferencia internacional celebrada durante varios días en 1983 en Berlín, con ocasión del 50º aniversario de la toma del poder por los nacionalsocialistas (Broszat 1983). A partir de esta conmemoración, se notó un importante aumento de las publicaciones científicas y periodísticas sobre el «Tercer Reich». Mientras que al principio éstas coincidían mayoritariamente en el objetivo de presentar un balance, en los doce años siguientes se exhibían varios enfoques diferentes. Con el tiempo se dejaba ver que se estaba aún muy lejos de una investigación detallada de los crímenes del régimen nazi, y también que el interés de las nuevas generaciones por la época nacionalsocialista se basaba una y otra vez precisamente en esos crímenes turbadores. Un ejemplo claro de ese interés era la amplia atención que se prestaba a los actos de conmemoración con ocasión del 50º aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial, en 1995, igual que un poco antes la película *La lista de Schindler* de Spielberg (1994) y un poco después el libro sobre el Holocausto de Goldhagen (1996).

La continua necesidad de la sociedad de cerciorarse acerca del pasado, y las olas de debate público con cada vez más frecuencia, no paraban ni siquiera ante el grupo cada vez más pequeño de testigos de la época del «Tercer Reich». De este modo, incluso la «polémica de los historiadores» de mediados de los años ochenta ya aparece como un debate dentro de la generación escéptica de los soldados adolescentes y ayudantes de cañones antiaéreos, sobre la presencia del nacionalsocialismo

en la conciencia de la actualidad, y a la vez como el intento frustrado de una parte de esta generación de reprimir esa presencia (Frei 2005: 53 ss.). Otro intento de contener ese amplio interés de la sociedad sería el de Martin Walser que en el marco de su discurso al recibir el Premio de la Paz de los Libreros alemanes en 1998, insistía en su derecho de «apartar la vista», una reacción que una vez más parecía estar motivada por la experiencia de su generación.

No resulta fácil describir esta cuarta fase del tratamiento del nacionalsocialismo con distancia analítica, ya que no está terminada y dura hasta la actualidad. Lo que sí puede decirse es que en este momento en el que cada vez quedan menos testigos de la época, el tema ya no es tanto la superación práctica de las consecuencias políticas concretas del pasado –incluso si ésta sigue sin terminarse, como hace poco se podía ver en el debate acerca de la indemnización de los trabajadores forzados<sup>12</sup>–, sino la cuestión de cuál debe ser la memoria del pasado que habría que conservar.

En este contexto caben tanto la polémica alrededor de la exposición sobre la *Wehrmacht* como el debate sobre el monumento al Holocausto de Berlín que ha durado diez años. Sin duda, esta última seguirá siendo un punto de cristalización de la reflexión sobre el pasado, especialmente también sobre la cuestión del «lugar» histórico del genocidio de los judíos europeos. Si la «polémica de los historiadores» había sido un preludio de este debate, la arriba mencionada Declaración de Estocolmo de enero de 2000 representa una acentuación significativa.

Al considerar el Holocausto como el mensaje de advertencia del siglo xx al siglo xxi, los firmantes de la declaración se comprometieron a hacer nuevos esfuerzos para una educación sobre el Holocausto<sup>13</sup>. Eso quiere decir que los conocimientos correspondientes se difundirán también en países cuya propia historia no tiene una relación directa con el tema. Se trata de una verdadera universalización de la memoria del Holocausto, de asegurarle un lugar propio en la memoria global. Desde el punto de vista político y educativo, esta iniciativa puede resultar plausible, tal vez incluso dentro de un marco diagnóstico enfático (Levy/Sznajder 2001).

<sup>12</sup> Para un resumen introductorio con cronología y documentos fundamentales, véase Spiliotis (2003).

<sup>13</sup> Cfr. las actas del «Foro Internacional de Estocolmo sobre el Holocausto»: *Stockholm International Forum on the Holocaust. Proceedings*. Stockholm: Regeringskansliet, 2000.

Desde la perspectiva de la ciencia histórica, sin embargo, se plantea el problema de si camino hacia tal «globalización» se podrá evitar o no la descontextualización del acontecimiento histórico, y en el caso de que sí, cómo.

Los peligros de la descontextualización no están solamente en la consiguiente reducción de la historia del «Tercer Reich», precisamente en el momento en el que el final de la contemporaneidad abre la oportunidad así como la necesidad de analizar el nacionalsocialismo ya no tan sólo como crítica contra Alemania, sino *sui generis*<sup>14</sup>, sino que además la globalización de la política de memoria podría convertirse en un esfuerzo excesivo, tanto para los pueblos atacados por Alemania después de 1939, como –y más aún– para aquellas personas que están unidas al pasado de la Segunda Guerra Mundial por algo más que un postulado moral dirigido hacia el futuro, es decir, para los últimos supervivientes y los familiares de las víctimas (Chaumont 2001), y también para los alemanes herederos de los culpables. Por lo tanto, en este momento resulta absolutamente incierto si los procesos de aprendizaje de la Alemania de la segunda mitad del siglo xx podrán conservarse en el futuro, y cómo podrán desarrollarse.

## Bibliografía

- AMEND, Christoph (2003): *Morgen tanzt die ganze Welt. Die Jungen, die Alten, der Krieg*. München: Blessing.
- ASSMANN, Aleida (1999): «Wendepunkte der deutschen Erinnerungsgeschichte», en: Assmann, Aleida/Frevert, Ute, *Geschichtsvergessenheit – Geschichtsversessenheit. Vom Umgang mit den deutschen Vergangenheiten nach 1945*. Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, pp. 145 ss.
- BROSZAT, Martin, et al. (ed.) (1983): *Deutschlands Weg in die Diktatur. Internationale Konferenz zur nationalsozialistischen Machtübernahme im Reichstagsgebäude zu Berlin. Referate und Diskussionen. Ein Protokoll*. Berlin: Siedler.
- CHAUMONT, Jean-Michel (2001): *Die Konkurrenz der Opfer. Genozid, Identität und Anerkennung*. Lüneburg: Klampen.
- DANYEL, Jürgen (ed.) (1995): *Die geteilte Vergangenheit. Zum Umgang mit Nationalsozialismus und Widerstand in beiden deutschen Staaten*. Berlin: Akademie-Verlag.
- DONAT, Helmut/STROHMEYER, Arn (eds.) (1997): *Befreiung von der Wehrmacht? Dokumentation der Auseinandersetzung über die Ausstellung «Vernichtungskrieg – Verbrechen der Wehrmacht 1941 bis 1944» in Bremen 1996/97*. Bremen: Donat.

<sup>14</sup> Para un estudio agudo de la globalización del pasado alemán, véase Jeismann (2001).

- FREI, Norbert (1996): *Vergangenheitspolitik. Die Anfänge der Bundesrepublik und die NS-Vergangenheit*. München: Beck.
- (ed.) (2004): *Hitlers Eliten nach 1945*. München: Deutscher Taschenbuch-Verlag. [Título y edición original (2001): *Karrieren im Zwielicht. Hitlers Eliten nach 1945*. Frankfurt am Main/New York: Campus-Verlag.]
- (2005): *1945 und Wir – Das Dritte Reich im Bewußtsein der Deutschen*. München: Beck.
- GOLDHAGEN, Daniel J. (1996): *Hitler's Willing Executioners: Ordinary Germans and the Holocaust*. New York: Knopf. [Edición en español (1998): *Los verdugos voluntarios de Hitler*. Madrid: Taurus.]
- GOSCHLER, Constantin (2005): *Schuld und Schulden. Die Politik der Wiedergutmachung für NS-Verfolgte seit 1945*. Göttingen: Wallstein-Verlag.
- GRILLMEYER, Siegfried/ACKERMANN, Zeno (eds.) (2002): *Erinnern für die Zukunft. Die nationalsozialistische Vergangenheit als Lernfeld der politischen Jugendbildung*. Schwalbach: Wochenschau-Verlag.
- HERE, Jeffrey (1998): *Zweierlei Erinnerung. Die NS-Vergangenheit im geteilten Deutschland*. Berlin: Propyläen.
- HOCKERTS, Hans Günter (2001): «Wiedergutmachung in Deutschland. Eine historische Bilanz 1945-2000», en: *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte* n.º 49, pp. 167-214.
- JEISMANN, Michael (2001): *Auf Wiedersehen Gestern. Die deutsche Vergangenheit und die Politik von Morgen*. Stuttgart/München: Deutsche Verlags-Anstalt.
- KNIGGE, Volkhard/FREI, Norbert (eds.) (2002): *Verbrechen erinnern. Die Auseinandersetzung mit Holocaust und Völkermord*. München: Beck.
- KÖNIG, Helmut (2003): *Die Zukunft der Vergangenheit. Der Nationalsozialismus im politischen Bewußtsein der Bundesrepublik*. Frankfurt am Main: Fischer Taschenbuch.
- KULTURREFERAT DER LANDESHAUPTSTADT MÜNCHEN (Consejería de Cultura de Múnich, ed.) (1998): *Bilanz einer Ausstellung. Dokumentation der Kontroverse um die Ausstellung «Vernichtungskrieg – Verbrechen der Wehrmacht 1941 bis 1944» in München, Galerie im Rathaus, 25. 2. bis 6. 4. 1997*. München: Droemer Knaur.
- LEVY, Daniel/SZNAIDER, Natan (2001): *Erinnerung im globalen Zeitalter: Der Holocaust*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- MÄRTHESHEIMER, Peter/FRENZEL, Ivo (eds.) (1979): *Im Kreuzfeuer: Der Fernsehfilm Holocaust. Eine Nation ist betroffen*. Frankfurt am Main: Fischer Taschenbuch.
- MICHMAN, Dan (ed.) (2002): *Remembering the Holocaust in Germany, 1945-2000. German Strategies and Jewish Responses*. New York et al.: Lang.
- MIQUEL, Marc von (2004): *Ahnden oder amnestieren? Westdeutsche Justiz und Vergangenheitspolitik in den sechziger Jahren*. Göttingen: Wallstein.
- REICHEL, Peter (2001): *Vergangenheitsbewältigung in Deutschland. Die Auseinandersetzung mit der NS-Diktatur von 1945 bis heute*. München: Beck.
- ROTHFELS, Hans (1949): *Deutsche Opposition gegen Hitler. Eine Würdigung*. Krefeld: Scherpe.
- RUDOLPH, Hermann (1989): «Ein Staat ist angekommen. Zum 40. Geburtstag der Bundesrepublik Deutschland», en: *Süddeutsche Zeitung*, Suplemento fin de semana, 20, 21 de mayo, p. 1.



- SILBERMANN, Alphons/StOFFERS, Manfred (2000): *Auschwitz: Nie davon gehört?* Berlin: Rowohlt.
- SPILOTIS, Susanne-Sophia (2003): *Verantwortung und Rechtsfrieden. Die Stiftungsinitiative der deutschen Wirtschaft*. Frankfurt am Main: Fischer Taschenbuch.
- WEISBROD, Bernd (ed.) (2002): *Akademische Vergangenheitspolitik. Beiträge zur Wissenschaftskultur der Nachkriegszeit*. Göttingen: Wallstein.
- WOLFRUM, Edgar (1999): *Geschichtspolitik in der Bundesrepublik Deutschland. Der Weg zur bundesrepublikanischen Erinnerung 1948-1990*. Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft.